

de la traición del beso
y en el puño, cerrado y codicioso,
lleva enterrado el precio.

Está solo en la noche de los campos;
terriblemente solo está por dentro
y le acosan a una
mil seres invisibles y sin cuerpo.

Hervor de gusanera le camina
y le rompe los nervios.

Se ahoga, balbucea, pierde el tino,
tropieza, se revuelve, tiene miedo,
quiere gritar, asirse, se desgarrar
y se le abren los dedos
vertiéndole la plata por la cuesta
con burlón tintineo
que suena a carcajada de locura,
y a graznido de cuervo,
y a gruñido de hiena,
y a silbo de serpiente...

Un furor ciego

le hace cuerdas torcidas de los músculos;
la clepsidra le cuenta en el cerebro,
con arenas de sangre; treinta, treinta...

A la luz de la luna, un árbol seco
le ha tendido la mano descarnada
y le prende sus garfios en el cuello.

Allí quedó el despojo, como un trapo,
en cruz sin redención su cuerpo muerto.

JOSE CANAL

"AZORÍN"

CONTORNO DE LA OBRA DEL EMINENTE ESTILISTA



ABLAR del maestro «Azorín» y de su vigorosa e ingente obra es tratar de una de nuestras primeras figuras de la literatura, que tantos días de gloria ha dado a España con su pluma de oro y con su estilo propio, personal, inconfundible. (Al consignar estos calificativos estimamos que, pocas veces, se podrán aplicar con mayor propiedad).

El conspicuo escritor aparece en la palestra literaria ocultándose bajo los seudónimos de «Cándido» y «Arhimán», pasando después a usar su nombre completo José Martínez Ruiz, hasta que en su libro «Los Pueblos» emplea el eufónico y definitivo seudónimo de «Azorín»—que extrajo del personaje de su creación Antonio Azorín—con el que desde 1905 se le conoce en el mundo de las letras. «Azorín», nombre sonoro, de indudable acierto en la elección, grabado fácilmente en los lectores, bien puede decirse que ha sido universalizado. De tal modo se ha impuesto el seudónimo de «Azorín» que muchos españoles desconocen el verdadero nombre que representa.

«Azorín» nació en el Levante feliz, en Monóvar, provincia de Alicante, el 11 de Junio de 1873. Yecla—donde cursó el Bachillerato en el colegio de los Escolapios—, dejó honda huella en su espíritu. Al cielo puro, despejado, de azul limpisimo, incomparable del Levante debe sin duda el estilista la agudeza visual para observar minuciosamente y luego verter en las cuartillas el fruto de su mirada escrutadora. Fina sensibilidad, «Azorín» capta detalles que pasaron inadvertidos a los demás. Para el poeta y catedrático Juan Ruiz Peña, «Azorín» es «alma fina y delicada, temperamento lírico, contemplativo, moroso, capaz de tejer primores de lo vulgar».

El eminente español lleva más de sesenta años cultivando el noble arte de escribir. Exactamente hasta nuestros días desde la publicación de su primera obra sesenta y tres años, habiendo dado a la estampa más de cien. Ciento trece registró su prestigioso biógrafo Angel Cruz Rueda.

¡Qué madurez la alcanzada por esta vida lozana—ya octogenaria, entregada a escribir por una poderosa e irresistible vocación literaria—como la mayor de sus delectaciones!

«Azorín» ha cultivado la novela, el teatro, el cuento, la crítica, el artículo periodístico. Ha sido corresponsal de grandes diarios en el extranjero—ha viajado por toda Europa—, ha pertenecido a las re-

dacciones de los principales rotativos españoles, ha intervenido en el gobierno de la cosa pública, ha sido desde diputado hasta Subsecretario. Nada ha habido que no haya tentado y abordado este espíritu inquieto cual ninguno.

El cuento, poema en prosa, subgénero, derivación de la novela, obra literaria difícil—con razón observa un escritor que «el cuento es a la prosa lo que el soneto al verso»—tiene en «Azorín» un excelente cultivador y ha dado a la stampa muchísimos.

En cuanto a la novela, aporta un concepto nuevo: novela sin truculencia.

Nos ha dado a conocer los clásicos con esa sencillez y emoción que emana de su obra. «Ha actualizado los clásicos», dijo alguien del panegirista de éstos, encomiando la plausible tarea de ponernos en conocimiento de los autores españoles más dignos de estudiar, con lo cual consiguió que se mantenga permanentemente vivo el interés por los preclaros creadores de la literatura. Para confirmar lo expuesto véanse sus obras «Al margen de los clásicos», «Clásicos y modernos», «Rivas y Larra» y «Los dos Luises».

El orfebre del idioma—la Real Academia Española lo llamó a su seno en 1924—ha visto y comprendido como pocos el paisaje de Castilla, tan sobrio y austero como la prosa del maestro.

«Azorín» refleja las costumbres hasta en los más insignificantes pormenores. «Se fija muy especialmente en los menudos hechos de la vida cotidiana», capta profundamente las esencias y matices. Por ello se le ha llamado «el filósofo de lo pequeño»—Anna Krauser, investigadora norteamericana, le denomina «el pequeño filósofo»—pues penetra primorosamente en las cosas y en los seres. «Azorín»—ha dicho Jean Cassou—es el pintor más maravilloso de lo inorgánico.

Describe la vida provinciana—tan amada por él—dando a conocer su transcurrir y sus incidencias, lo que en ella hay de poético, de pequeño, de dulce, de encanto arrobador.

En cuanto a su labor como comediógrafo, diremos que «Azorín» ha hecho un teatro para ser siempre representado, que resiste el tiempo, sin tener en cuenta gustos momentáneos. Así lo han comprendido numerosos críticos.

La inclita personalidad literaria escribe siempre en prosa. Una prosa cincelada, moderna, nueva, única, de frases cortas. A aquel antiguo párrafo ampuloso sustituye el azoriniano: breve, lacónico, con la palabra adecuada, utilizando mucho el pronombre y la repetición, de la cual es muy amigo.

En lo que respecta a las calidades de la prosa del maestro, tal vez el mejor elogio de la misma se deba al agudo crítico literario extremeño José López Prudencio cuando escribe: «La prosa de «Azorín», prosa tan suya, de tan recia y original textura, que ha influido poderosamente en el florecimiento de la prosa española, tiene calidades de tan sentido valor que no es posible aquilatar con el debido detenimiento en estas breves líneas. No es solamente una dicción limpia, diáfana. Es, además, una forma expresiva, ungida de elegancia, siempre serena y sin embargo, empapada, transida de intensa

emoción. Bajo la noble tersura que jamás dejara alterar por abultamiento de altisonancia, ni por depresiones destempladas, discurre, se siente discurrir, honda, caldeada, viva, la emoción de las cosas vistas en el fondo íntimo de sus almas y sugeridas con sus más finos, vivos, significativos matices. Prosa de gama rica en tonalidades, que ondulan siempre acompasadas al ritmo vano y múltiple de los rasgos, las líneas y de los colores del objeto de la observación y de la emoción que sugiere cada pormenor, sorprendido, descubierto y plasmado con precisión exacta, concisa y siempre armoniosa».

El estilo de «Azorín» es personalísimo, claro, sencillo y elegante. Mas las buenas definiciones escasean y «Azorín» brinda una formidable, como suya, del estilo cuando anota: «El estilo no es nada. El estilo es escribir de tal modo que quien lo lea piense: Esto no es nada. Que piense: Esto lo hago yo. Y, sin embargo, no puede hacer eso tan sencillo—quién así lo crea—y que eso que no es nada, sea lo más difícil, lo más trabajoso, lo más complicado».

Sencillez difícil la de «Azorín» que solo él es capaz de sostener. En «Un pueblecito» (1916) enuncia su credo estilístico así: «Todo debe ser sacrificado a la claridad... La única afectación excusable será la de la claridad... Recomendamos la sencillez y tornamos a recomendarla. ¿Qué es la sencillez en el estilo? Vamos a dar una fórmula de la sencillez. La sencillez, la difícilísima sencillez, es una cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: *colocad una cosa después de la otra*. Nada más; esto es todo. ¿No habéis observado que el defecto de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro de otras, por medio de paréntesis, de incisos y de consideraciones pasajeras e incidentales? Pues bien: lo contrario es colocar las cosas—ideas, sensaciones,—unas después de otras».

Estudiando, analizando cuanto ha brotado de esta mente privilegiada y que deja esparcido por el cúmulo de trabajos, se aprecia que en todos late una constante preocupación por España. Ahí están sus obras en las que revela sus conocimientos y el amoroso interés con que desarrolla los temas de nuestra nación en cualquier período y múltiples facetas de la vida de la misma que han sido objeto de su solícita atención. El propio «Azorín» ha hecho constar que no cree tener «ni un sólo libro ajeno a España».

¿Y qué decir de las páginas maravillosas que estos últimos años ha consagrado «Azorín» al espectáculo multitudinario del cine, por el que siente verdadera predilección hasta el punto de que es lo que más le atrae en la actualidad, como lo acredita su volumen «El cine y el momento» publicado al cumplir los 80 años?

Es realmente extraordinaria la obra literaria del maestro del pensamiento, una de aquellas individualidades, fuertes, genuinamente representativas de la famosa generación del 98—que definió—y que vinieron a transformar las letras españolas de finales del siglo con nuevos rumbos.

Hablar de «Azorín» prosista, periodista, novelista, autor teatral, crítico, cuentista, académico, escritor en el más amplio y noble sen-

tido de la palabra, es ocuparse de un hombre de espíritu refinado, exquisito, sentimental, apasionado por escribir; que todos los días muy de mañana—mucho antes de que el alba preludie la luz natural—se coloca ante las nítidas cuartillas para contribuir a la elevación, al empinamiento, al esplendor de nuestras letras, dándonos el mejor de los ejemplos. Así es su obra: bella, impar, señera, en cuyo hermoso hontanar inagotable—Dios quiera que por mucho tiempo—tienen que aprender las generaciones de hombres de pluma.

¡Qué estela tan admirable deja «Azorín» con su perseverante y magnífica obra literaria! Guardémosle perdurable gratitud, cariñoso respeto, rindiéndole con ello el mayor tributo que el maestro venerable pudiera desear.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



IDEARIO EXTREMENO

Y añado aquí que la perfecta abnegación y resignación total de nosotros en Dios, por la cual salimos de nosotros y de toda propiedad nos desnudamos, conformándonos en todas las cosas con el querer de Dios, es la llave para la altísima perfección, para la gracia y para la Iglesia. ¡Ay Amor propio, cuántos daños acarreas a las almas!

En tanto que éste vive en nosotros, continuamente está brotando vicios y engendrando malos pensamientos, y fomentando inclinaciones pésimas y deseos vanos; los cuales nos apartan de Dios, ensucian nuestras ánimas y perturban la paz interior; y al fin él es el mayor impedimento que tiene el aprovechamiento espiritual.

Fray JUAN DE LOS ANGELES

AUTORRETRATO

Como un arco caliente de violines
tengo mi espalda.
Tengo mi pelo oscuro
como una selva extraña.
El papagayo crudo
de recibir estatuas
nunca puso carriles
en los campos azules de mi alma.
Y así voy caminando
con esta vida o carga
que estándome nacido
hay que saber sembrarla
y buscar luna o trigo
entre ortigas y paja.

Yo no soy tremendista,
la vida no es hamaca,
yo no tengo la culpa
que se lluevan las casas,
que la guerra sea fría
y los Subsidios llamas,
y nazcan niños-niños
y la vida se ponga
como un trapo de suelo
y pudra su dinámica
las raíces despacio
que sostiene a las almas.

No teniendo la culpa
me aconsejan que haga.
Que siendo tan poeta
es lástima ¡qué lástima!
que escriba cosas negras
en vez de hacerlas blancas.

Y si existe la espina
y la rosa y el hada,
si existen los que mueren
para que otros en panzas
siembren turbios dineros
que han ganado sin tasa,
y si Dios en poesía
me ha perforado el alma